

En clave revolucionaria

08/04/2002 - Autor: Yaratullah Monturiol - Fuente: Webislam

La opinión pública está alterada. Las injusticias en el mundo asaltan nuestros hogares; las imágenes en la memoria acechan en nuestra realidad cotidiana. Las conciencias, perplejas ante tanta violencia pierden su capacidad de asombro. Vemos la tortura, la opresión, la sangre del pueblo; las expulsiones, los exilios, las repatriaciones, los refugiados... Los genocidios y la muerte de los inocentes nos alertan: la sublevación de las masas no puede frenar el avance de la “*justicia infinita*” en boca de los opresores arrasando a su paso con toda insumisión. Su “*libertad sin límites*” tiene la osadía del verdugo que ejecuta su “*misión*” sin remordimientos, con la impunidad del criminal que tiene ganada la guerra de antemano. Pero sea cual fuere la magnitud de su terrorismo, o la sofisticación de su técnica estratégica, o su plan a largo plazo, seguimos siendo nosotros y no ellos los deudores. Estamos confundidos sobre lo que sentimos, sobre lo que no comprendemos, sobre nuestras prioridades y ¡algo importante está pasando inadvertido! Tanto de lo manifiesto como de lo oculto.

Cuando nos aniquilan, sin importar la cifra (ceros en la “*izquierda*”) nos lamentamos directamente ante la evidente impotencia del que acata “*la voz de su amo*”. Pero si hay reacción, se activa la alarma social: los desesperados son imprevisibles y podrían poner en peligro la integridad de los privilegiados, el bienestar de los que deberían permanecer exentos de riesgo. ¿Nos sublevamos cuando nos tocan directamente o precisamente nos amansamos para que no nos toquen?

¿Hasta cuándo vamos a permitir que se suministre el combustible para que siga funcionando el motor de esta máquina diabólica? Reflexionemos sobre la posibilidad de vivir de otra forma: dejando de consumir lo que este sistema nos exige producir; esforzándonos en satisfacer nuestras propias necesidades reales. Las únicas dificultades son:

El hábito, que nos impide una perspectiva objetiva sobre la capacidad que tenemos para ser felices sin la dependencia que crea ese aparato complejo que se alimenta de nuestro tiempo y energía y que se dedica –entre otras cosas– protegernos, pero ¿de qué, sino de nosotros mismos?

Y el otro obstáculo que nos frena a lanzarnos al abismo de la libertad responsable, es el miedo a la soledad, que nos somete a la claudicación colectiva, porque arriesgarse a salir de ese círculo vicioso presupone el “*castigo ejemplar*” que se impone a cualquier disidencia que ponga en peligro el modelo impuesto.